

agradóle sin saber precisamente por qué y mirando bien de frente á su padrino, le dijo:

—Ciertamente, no os quiere.

—A mí, amigo mío, nadie me quiere, declaró Maiakín con orgullo. Por lo demás, ninguna razón existe para que se me quiera, puesto que no soy una muchacha... Pero en revancha se me estima... y no se estima sino á aquellos á quienes se les teme...

El viejo guiñó maliciosamente un ojo mirando á su ahijado.

—Habla muy bien, repitió Tomás, se queja, dice que la raza de los comerciantes degenera... A todo el mundo se le enseña la misma creencia, dice, para que todos sean iguales,.. todos cortados por el mismo patrón...

—¿Y él encuentra esto poco conveniente?...

—¡Ya lo creo!

—¡Imbécil! exclamó Maiakín lleno de desprecio.

—¿Por qué, pues? le preguntó Tomás incrédulo. ¿Creéis que está bien?

—Lo que está bien lo ignoramos, pero lo que demuestra inteligencia lo vemos... En el momento en que se recogen gentes de todos los ámbitos para reunirles en un mismo sitio é inculcarles las mismas ideas, debemos admitir que es inteligente. Además, ¿qué es un hombre en la constitución del Estado? Nada más que una piedra y las piedras deben tener todas las mismas disposiciones. ¿Comprendes ahora? Si los hombres tienen todos el mismo peso y la misma talla, puedo agruparlos á capricho.

—¿Qué agradable es ser una piedra! dijo sombríamente Tomás.

—No se trata del agrado, sino de la necesidad. Si estás constituido de metal duro no te pulirá... No es fácil borrar la fisonomía primera de todo hombre... pero algunos se transforman en oro puro á fuerza

de martillo... Si la cabeza se parte en el yunque, tanto peor, es que se es endeble.

—Después ha hablado de trabajo... Las máquinas lo hacen todo, dice, por eso es por lo que los hombres se echan á perder...

—¡Más cuentos aún! exclamó Maiakín con una nueva mueca de desprecio. ¿Qué placer puedes experimentar en escuchar tales galimatías?... ¿Y á propósito de qué?

—¿Es también falso? preguntó Tomás con sonrisa forzada.

—¿Qué puede decir en justicia? ¡Una máquina! ¡Alcoroque! ¿Ha pensado él siquiera de qué se componía una máquina? ¡De hierro! por consiguiente, no debe inspirar lástima. Se le hace trabajar y fabricar rublos y si sin ninguna reflexión, sin ninguna preocupación se la deja suelta, vuelve á hacerlos. Mientras que el hombre es nervioso y miserable... muchas veces es desdichado... Grita, gime, llora, suplica, se emborracha. ¡Ah! cuántas cosas superfluas veo en la humanidad. Mientras que en una máquina, lo mismo que en un metro, no se encuentra más de lo sucinto, todo tasado para que uno y otro llenen las funciones á que están destinados. Vaya, voy á vestirme... es tiempo.

Se levantó y abandonó la habitación arrastrando sus zapatillas. Tomás le siguió con la vista, y frunciendo el ceño, murmuró:

—¡Al diablo si es posible comprender algo... uno dice blanco, el otro negro...

Después se despidió de Liubov y se dirigió á su círculo.

Venía la noche, el aire era fresco. Un viento frío y vivo barria la calle, levantando el polvo y cegando á los transeuntes.

Era ya de noche y siluetas fugitivas se deslizaban en la obscuridad. Tomás trataba de evitar el polvo cerrando los ojos; pensaba:

«Si encuentro una mujer, Sofía Pavlovna me acogerá cariñosamente, como antaño... Iré a verla mañana... Si es un hombre, no iré mañana... aguardaré aún...»

Encontró un perro y eso le puso furioso... De buena gana le habría roto el bastón en el lomo... Al entrar en el círculo la primera faz conocida que vió fué la del alegre Uchtitchef. Apoyado contra la puerta del bufete, hablaba con un hombre grueso, de bigote enorme; pero en cuanto percibió á Gordeieff avanzó unos pasos y dijo:

—¡Buenas noches, modesto millonario!

Este joven agradaba á Tomás á causa de su carácter alegre y abierto y siempre le veía con gusto. Le tendió la mano cordialmente.

—¿Cómo sabéis que soy modesto? le preguntó.

—Sois un hombre que lleváis una vida de ermitaño; bebéis, no jugáis, no andais de niñas... ¡A propósito! ¿sabéis, Tomás, que nuestra incomparable patrona nos deja mañana para ir á pasar el verano al extranjero?

—¿Sofía Pavlovna? preguntó lentamente Tomás.

—¡La misma! El sol de mi vida se oculta y quiza también el de la vuestra.

Uchtitchef hizo una mueca cómica y maliciosa mirando á Tomás descaradamente. Este último estaba inmóvil y sentía su cabeza caer sobre el pecho, á pesar del esfuerzo que hacía para mantenerse rígido.

—Sí, nuestra radiante aurora!...

—¿La Medinskaia se marcha? articuló una voz gruesa. ¡Muy bien! me alegro...

—Dispense... ¿por qué? exclamó Uchtitcheff.

Tomás sonreía tontamente y miraba con aire distraído al hombre que estaba al lado de Uchtitcheff. Este, con gesto afectado, retorcia su bigote y dejaba escapar un turbión de palabras, groseras y pesadas, que parecían dichas para molestar á Tomás.

—Porque así la ciudad tendrá una *cocotte* menos.

—Eh, Martín Nikititch! exclamó Uchtitcheff frunciendo el ceño. ¡Un reproche!...

—¿En qué se fija V. para creerla coqueta? preguntó Tomás, con calma, dirigiéndose hacia el compañero de Uchtitcheff.

Este le miró con aire desdenoso, y volviéndose á medias, recalcó estas palabras:

—No he dicho coqueta... En todo caso, declaró Uchtitcheff conciliador, no se puede hablar así de una mujer que...

Pero Tomás le interrumpió:

—¡Esperad! Deseo preguntar al señor lo que significa... la palabra que ha dicho.

Tomás pronunció estas palabras con voz firme y decidida. Metió las manos en los bolsillos del pantalón y sacó el pecho, lo que le dió un aire inquietante. El hombre del bigote grande le miró de arriba á abajo y sonrió.

—¡Señores!... suplicaba Uchtitcheff.

—He dicho: «cocotte», repitió el hombre, avanzando los labios como si paladease esta palabra. Si no comprendéis, puedo explicarle...

—Sí, esto es, dijo Tomás con un profundo suspiro y sin apartar de él los ojos, tengo la bondad de explicarse.

Uchtitcheff levantó los ojos al cielo y se hizo á un lado.

—Una *cocotte*, puesto que deseáis saberlo, es una mujer que se paga, continuaba el otro á media voz aproximando á Tomás su rostro abultado.

Tomás exhaló un gruñido sordo y antes que su interlocutor hubiese pensado en hacerse atrás, le cogió de un puñado por sus cabellos grises ensortijados.

Con movimiento convulsivo, se puso á sacudir aquella cabeza y aquel cuerpo enorme y macizo,

ritmando sus movimientos con palabras cadenciosas.

—No insulte... en la espalda... insulte... en la cara... en la cara...

Experimentaba un goce áspero viendo agitarse en el aire los brazos y las piernas del hombre que sacudía, desbaratado y tirado en el suelo. Un reloj de oro se había deslizado de su bolsillo, prendido á una cadena y había venido á parar sobre su vientre prominente. Borracho de su fuerza y de la humillación infligida á este individuo que se daba tautos aires de importancia, Tomás respiraba una alegría feroz y como esperezos de voluptuosidad. Contento de su venganza y continuando en arrastrar á su víctima por el suelo, exhalaba gruñidos sordos y furiosos en una especie de delirio salvaje. En este momento un sentimiento de una intensidad extrema le dominaba: le parecía que se había librado de un peso que desde largo tiempo le oprimía el pecho.

De repente sintió que le agarraban por detrás, por la cintura y los hombros; alguien le sujetaba por los brazos; le pisoteaban los pies. Sin embargo, insensible, los ojos inyectados en sangre, se encarnizaba en la masa negra que gemía horriblemente bajo su mano... Por último, llegóse á arrancarle su víctima; quedó inmovilizado bajo el peso de varios cuerpos y distinguió á través de una bruma roja, delante de él, en tierra á sus pies, al hombre que había golpeado. Despeinado, descompuesto, pateaba en el suelo, tratando de levantarse; dos hombres vestidos de negro le sostenían por los sobacos, sus brazos colgaban lastimosamente, como alas rotas, y gritaba á Tomás con voz entrecortada por sollozos convulsivos:

—¡Cómo ha osado... pegarme! ¡Cómo han osado! ¡Estoy condecorado!... ¡miserable! Tengo hijos...

todo el mundo me conoce... ¡Canalla, salvaje! ¡Oh! ¡Oh!... ¡Quiero un duelo!

Durante este tiempo Uchtitcheff decía al oído á Tomás:

—Vámonos, querido amigo, ¡por el cielo!

—¡Espera, que le rompa los hocicos de una patada! gritaba Tomás.

Se le sacó fuera de la sala. Sus orejas estaban rojas, su corazón palpitaba hasta destrozarse, pero se sentía alegre y bien dispuesto. En la escalera del círculo aspiró con satisfacción una bocanada de aire fresco y dijo á Uchtitcheff con una sonrisa llena de bondad:

—Le he dado una buena paliza, ¿eh?

—Mira, exclamó el alegre secretario indignado, dispénsame, pero es un acto salvaje. Que me muera si he visto nunca una cosa parecida.

—Amigo, dijo Tomás afectuosamente. Vamos á ver, ¿no lo ha merecido? ¿no es un canalla? ¿Se oúden decir esas cosas á espaldas de una mujer? Se va á ella y se le dice en la cara...

—Bueno... ¡que el diablo te lleve! No es tampoco á causa de ella por lo que le has pegado.

—¿Cómo que no es á causa de ella? ¿Pues á causa de quién? preguntó Tomás estupefacto.

—¿De quién? No sé.. pero es evidente que teniais cuentas pendientes. ¡Uf! ¡Dios mio, qué escena! No la olvidaré hasta el fin de mis días.

—¿Pero quién es, después de todo, ese buen hombre? preguntó Tomás soltando la carcajada. ¡Qué modo de gritar tenía el imbécil!...

Uchtitcheff miró atentamente á Tomás y le hizo esta pregunta:

—Dí.. ¿ignoras realmente á quien has pegado? ¿Y es únicamente á causa de Sofía Pavlovna?

—Te lo juro! replicó Tomás.

—Pues que el diablo te lleve si tiene siquiera apariencia de buen sentido!

Se detuvo, encogióse de hombros y añadió:

—Pagarás eso muy caro, Tomás Iguatitch...

—¿Me llevará á los tribunales?

—Quiera Dios que no sea más que eso... Es hijo político del Vice gobernador.

—¡Vamos, anda! exclamó Tomás cuyo rostro se contrajo.

—Sí, si á decir verdad es un miserable y un bribón... Y que la corrección le estaba merecida... pero si se toma en consideración que la dama por quien has tomado la defensa es también...

—¡Basta! articuló Tomás interrumpiéndole con tono firme y poniéndole la mano sobre el hombro. Siempre me has sido simpático... y estás á mi lado en este momento... comprendo y sé apreciar... Pero no digas mal de ella... Sea lo que quiera según tú... para mí... la quiero... y es lo mejor... Te lo digo francamente... puesto que has querido seguirme: no la toques... La estimo perfecta: así, pues, es perfecta ..

Uchtitcheff le miró y le respondió con distracción:

—Eres una persona rara... es necesario confesarlo.

—Soy un hombre sencillo... salvaje. Le he dado una paliza y estoy contento... venga lo que venga.

—Mucho temo que lo que venga no tenga nada de bueno... Franqueza por franqueza: Tú me agradas también... por más que ¡hum! eres peligroso. Cuando te da un acceso caballeresco, se puede temer verdaderamente una terrible pateadura...

—¡Qué caramba! Es la primera vez... todos los días no ha de ocurrir lo mismo, dijo Tomás, confuso.

Su interlocutor se echó á reír.

—¡Qué monstruo eres! pero... escucha: entregarse á un pugilato semejante, es de salvaje... excúsame...

Así, debo decirte que en el caso actual tu elección ha sido afortunada. Has dado con un juerguista, un cinico... un parásito... un hombre que habiendo despojado á sus sobrinos ha quedado impune...

—¡A Dios gracias, dijo Tomás con satisfacción, yo le he castigado un poco!

—¿Llamais á eso un poco? Sea, pongamos que sea un poco... Sólo que, mirad, amigo mío, permitidme daros un consejo, soy un hombre de leyes... Este Kniazeff es un miserable, ¡bueno! Pero no hay derecho de pegar, aunque sea un miserable, pues es un sér social, bajo el amparo maternal de la ley. No se debe osar pegar mientras que no traspase los límites del código penal, y aun entonces, no sois vosotros, sino nosotros, los jueces quiénes debemos aplicar el castigo. Y vosotros tened paciencia...

—¿Os caerá pronto entre manos?... preguntó inocentemente Tomás.

—No lo sé. Como no es tonto, tiene la suerte de que jamás le suceda. Y vivirá el resto de sus días ante las leyes, como tú y como yo. ¡Oh, Dios mío! ¿qué estoy diciendo?...

Y Uchtitcheff suspiró con aire cómico.

—No hagas traición al secreto profesional... dijo Tomás sonriendo.

—No es secreto... pero no debo aparecer ligero... ¡Diablo! esta historia me ha excitado en verdad. Némesis sigue fiel á ella misma, aun cuando se encabrite simplemente como un caballo.

Tomás paróse de pronto como si hubiese encontrado un obstáculo en su camino. Uchtitcheff continuaba charlando.

—Némesis es la diosa de la Justicia; ¿pero qué tenéis?

—Todo esto ha empezado por el anuncio de su partida, dijo Tomás con voz sorda, hablando lentamente, como con esfuerzo.

—¿Qué partida?

—Sofia Pavlovna...

—Sí, se va... ¿Y qué?

Estaba enfrente de Tomás y le miraba sonriendo... Gordeieff se callaba, la cabeza baja, rayando la tierra con el bastón.

—¡Andemos! dijo Uchtitcheff.

Tomás se puso en movimiento balbuceando con indiferencia:

—Y bien, que parta... Solo, sin ella...

Uchtitcheff hacía molinetes con su bastón y silbaba echando á hurtadillas miradas á su compañero.

—¿Es que no puedo vivir sin ella? articuló Tomás, lanzando una vaga mirada en torno suyo.

Y después de un corto silencio, respondió con convicción.

—Admirablemente.

—¡Mirad! exclamó Uchtitcheff, voy á darte un buen consejo... Un hombre debe ante todo ser él mismo. Sois un hombre épico, por así decirlo, el lirismo no os siente. No es vuestro género...

—Mirad, querido señor, habládme de un modo más sencillo, dijo Tomás que le había escuchado con mucha atención

—¿Más sencillo? ¡Bueno!... quiero deciros que obraríais mejor olvidando á esa dama... Ella para vos... es veneno.

—Es precisamente lo que ella pretende, agregó Tomás.

—¿Os ha dicho eso? articuló Uchtitcheff admirado.

Y quedó pensativo.

—¡Hum! ¿Y si fuésemos á cenar?

—Con gusto, respondió Tomás.

Y de repente, exhaló un gruñido salvaje, apretó los puños y los agitó en el aire:

—¡Vamos, vamos! ¡Qué cena voy á tener después!

—¿Por qué, Dios mío? Cenaremos tranquilamente.

—No, espera, dijo Tomás con voz desgarradora de tristeza poniéndole la mano en el hombro. Después de todo, ya basta! ¿Soy acaso menos que los demás? Todo el mundo vive, se agita, se mueve, cada uno va derecho á un fin... Yo me aburro. Cada uno está satisfecho de sí mismo... y aquellos que se quejan, ¡mienten, los miserables! Lo hacen para disimular la verdad. Yo no tengo necesidad de fingir: soy un imbécil. Yo, amigo mío, no comprendo nada, pero, simplemente, quiero vivir. No se pensar... estoy descorazonado, uno me dice una cosa... otro lo contrario. ¡Pch! ¿Y ella...? ¡ah! si tu supieras todo lo que esperaba de ella... esperaba... ¿qué esperabas? No sé... pero es lo mejor. Y yo creía en ella... estaba convencido de que ella me diría un día palabras cuyo secreto sólo á ella perteneciera... Sus ojos, amigo mío... ¡qué hermosos son! Me da vergüenza contemplarlos... Decía que yo pensaba oír de ella palabras... que me lo explicasen todo... No es sólo el amor, era un alma entera que yo le entregaba... Buscaba... creía que, puesto que ella era tan bella, yo sería á su lado un hombre como los demás...

Uchtitcheff miraba á su interlocutor y escuchaba las palabras incoherentes y pesadas que se escapaban de sus labios. Veía temblar los músculos de su rostro bajo el esfuerzo del pensamiento que trataba de expresarse de un modo inteligible y sentía bajo estas palabras sin orden, un profundo y sincero sentimiento.

Este joven hercúleo, vigoroso y salvaje, que andaba con paso largo y desigual por la acera, inspiraba, en su estado, una lástima profunda. Acaso Uchtitcheff comprendía que estaba en él el conso-

larle y calmarle. Todo lo que Tomás había dicho y hecho esta noche despertaba su simpatía: se sentía aun mas halagado de la confianza que le atestigüaba el joven millonario. Pero estaba desconcertado por esta franqueza brutal y aunque poseyese ya, á pesar de su juventud frases apropiadas para las diferentes circunstancias de la vida, no las encontró en el momento.

—Todo es sombrío y reducido alrededor de mí, continuaba Gordeieff; siento un peso que me aplasta... ¿qué es? no puedo comprenderlo. Me molesta... é impide mi libertad de acción. Cuando presto oídos, todos hablan de modo diferente. Ella sola habría podido decirme...

—¡Eh! amigo mío, interrumpió Uchtitcheff, cogiéndole del brazo amigablemente, eso no puede ser así, apenas entráis en la vida ya hacéis filosofía. De ningún modo. La vida nos es dada para vivirla. Así pues vivid y haced vivir á los demás; he ahí la filosofía. En cuanto á esa mujer ¡bah! ¿es el centro del universo?... Si lo deseáis, os haré conocer una persona notable, un veneno que no dejará, al cabo de un momento, ni un átomo de filosofía en vuestra alma. Una mujer extraordinaria y que sabe gozar de la vida. Es también un ser épico. ¡Y hermosa!... Una verdadera Fryné, puedo asegurarlo. Haríais buena pareja, los dos. ¡Qué demonio! Verdaderamente es una idea magnífica... os la haré conocer. Un clavo saca otro clavo.

—Tengo conciencia, dijo Tomás sombrío y triste, deque mientras viva no podré tener otra mujer.

—¡Cómo! ¡Un muchacho vigoroso y fresco como vos! ¡oh! exclamó Uchtitcheff.

Y se puso á convencer á Tomás de la necesidad de encontrar un derivativo á su humor negro corriéndola con mujeres alegres.

—Será soberbio é indispensable para vos, ¡creedme!

—¡Vuestra consciencia... dispensad! vuestra definición es algo inexacta... no es vuestra creencia quien os impide, sino vuestra timidez, supongo... Vivís apartados de la sociedad, sois tímido y apocado... y á este sentimiento es al que llamáis consciencia. Por el momento no puede tratarse de otra cosa... ¿Y qué tiene que ver la consciencia, si es completamente natural que el hombre se divierta, toda vez que es una necesidad y está dentro de sus derechos?

Tomás interceptaba el paso á su compañero y miraba la calle ante él, que entre dos filas de altos edificios se extendía, haciendo pensar en un canal lleno de tinieblas. Parecía no tener fin y que allá á lo lejos se arrastraba algo de sombrío é inexplicable que cortaba la respiración. La voz persuasiva y amiga de Uchtitcheff resonaba en los oídos de Tomás monótona y aunque él no tratase de comprender sus palabras se le pegaban como liga y las retenía involuntariamente. A pesar de la presencia de su compañero se sentía perdido en la obscuridad. Este pensamiento le envolvía y le impulsaba en pos de Uchtitcheff. Una gran lasitud se había apoderado de él y le quitaba todo deseo de resistencia á las solitudes de éste, y además, ¿para qué resistir?

—La discusión no es útil á todo el mundo, decía Uchtitcheff, jugando con su bastón. Si todos discutiesen, ¿quién viviría? No se vive más que una vez. Y aun es cuerdo darse prisa, os lo juro ¿pero, para qué hablar? Autorizadme para reanimaros un poco. Vamos ahora á una casa muy alegre... en ella habitan dos hermanas... Ellas sí que saben reír.

¡Decidíos!

—¿Por qué no? Vamos, dijo Tomás con calma y bostezando. ¿No es algo tarde? preguntó examinando el cielo cargado de nubes.

—¡Para ellas nunca es tarde! exclamó alegremente Uchtitcheff.

VIII

Tres días después de los sucesos del círculo, Tomás se encontraba á siete leguas de la ciudad, en los talleres que servían para la explotación forestal del mercader Ivantzeff, en compañía del hijo de este último, de Uchtitcheff, un señor muy serio, con patillas, de cabeza calva y nariz roja, y cuatro mujeres...

El joven Ivantzeff llevaba lentes, era pálido, delgado y cuando estaba de pie sus pantorrillas temblaban continuamente como si hubiesen sido indignas de soportar este cuerpo débil, vestido con una hopalanda á grandes cuadros, con un capuchón, entre los dobleces del cual se movía, lamentable, una cabecita cubierta con una gorra de jocket. El señor de las patillas le llamaba Juan y pronunciaba este nombre como si hubiese estado atacado de catarro crónico. La compañera de Juan era una mujer alta y vigorosa. Su cabeza achatada de ambos lados, su frente baja y erguida, su nariz larga y puntiaguda le daban un parecido á un pájaro. Aquel rostro feo estaba impasible: sólo los ojos, pequeños y redondos, sonreían siempre, llenos de malicia y perspicacia. La de Uchtitcheff se llamaba Vera. Era una persona lista, pálida, con cabellos rojos; y de tal modo abundantes, que parecía llevar un casco que le llegase á las mejillas y al cuello, enmascarando su frente espaciosa que esclarecían dos ojos azules inmensos, tranquilos é indolentes.

El señor de las patillas estaba sentado al lado de una joven, muy fresca, que no cesaba de reír de las frases que aquel le deslizaba al oído.

En cuanto á la amiga de Tomás, era una morena esbelta, vestida de negro. Su color era mate, los cabellos ondulados y se mantenía muy derecha, la cabeza erguida, de mirada altiva, llena de condescendencia para todos los que la rodeaban. Se vería enseguida que ella se consideraba como la persona más importante de la reunión.

Todos se habían instalado sobre una balsa, último anillo de una cadena larguísima que marchaba en el sentido de la corriente. Sobre la balsa se habían colocado varias tablas y en el centro del islote flotante se veía una mesa, al rededor de la cual se agrupaban botellas vacías, canastos de provisiones, pedazos de papel, cáscaras de naranja... En un rincón, sobre un montón de tierra, había una lumbre y un campesino, en cuclillas delante del fuego, se calentaba las manos, echando de cuando en cuando una mirada sobre los amos reunidos en torno de la mesa. Esta estaba llena de frutas y de vinos; pero los comensales, cansados de una fiesta que duraba dos días y de una comida copiosa que acababan de concluir, parecían indispuestos. Todos contemplaban el río y la conversación languidecía, cortada por grandes silencios.

Hacia un día de primavera, claro y vivificante; un cielo puro y frío, se extendía majestuosamente encima de la inmensa sábana de agua turbia, inmóvil como el cielo y vasta como el mar, que el río había extendido profusamente sobre las praderas féculas. A lo lejos, las frondosas montañas se esfumaban dulcemente en un humo azulado donde brillaban, semejantes á grandes estrellas, las cruces de las iglesias. En esta parte del horizonte, el río presentaba mucha animación. Barcos lo surcaban en